

Sófocles

Edipo Rey

EDIPO

¡Que seas feliz! ¡Que por habérmelas traído aquí te proteja la divinidad más de lo que a mí me ha protegido! ¡Hijas mías! ¿Dónde estáis? Acercaos, venid a estas manos paternas, estas manos que privaron de sus ojos antes radiantes al padre que os dio la vida, al padre que sin ver ni saber, hijas mías, os creó en el mismo seno en que fue concebido. Lloro por vosotras, ya que no puedo veros, pensando en la amargura que en el resto de vuestra vida tendréis que soportar de parte de los hombres. ¿A qué reuniones de ciudadanos iréis, a qué fiestas, de donde no volváis a casa bañadas en lágrimas en vez de presenciarlas con placer? Y cuando hayáis coronado la edad del matrimonio ¿quién osará afrontar los oprobios que serán la perdición de mi descendencia y de la vuestra? Porque ¿qué falta a vuestra desgracia? Vuestro padre mató a su padre, fecundó el vientre en que él mismo se formó, y allí en donde él mismo fue concebido os engendró a vosotras. Se os enrostrarán estas afrentas. Y así ¿quién se casará con vosotras? Nadie lo hará, hijas mías. Es seguro que solteras habéis de consumiros en la esteridad y en la soledad. ¡Oh hijo de Meneceo! Pues quedas como único padre de ellas, ya que quienes les dimos al ser hemos ambos perecido, no permitas que estas criaturas de tu misma sangre vaguen errantes, mendigas y abandonadas; no las iguales con mis desventuras. Apiádate de ellas. Mira la ternura de sus años y cómo están privadas de todo menos de tu protección. Prométemelo ¡oh generoso amigo! tocándome con la mano. A vosotras, hijas mías, si tuvieseis ya reflexión, os daría muchos consejos. Solamente desead que en donde os toque vivir llevéis una existencia más feliz que la del padre a quien debéis la vida.